

VALORACIÓN DE LA LITERATURA CHILENA EN EL DISCURSO CRÍTICO DE OMER EMETH E IGNACIO VALENTE

Alejandra Ochoa

Alumna Becada MECESUP 2000 de Doctorado en Literatura

INTRODUCCIÓN

El objetivo del presente trabajo es determinar, tanto como sea posible, los parámetros y sistemas de valoración en relación con la producción literaria preferentemente nacional en los discursos críticos de Emilio Vaïsse (Omer Emeth) y José Miguel Ibáñez Langlois (Ignacio Valente), asumidos ambos como críticos oficiales del diario *El Mercurio*, de Santiago¹.

El conocimiento sobre la crítica literaria chilena es, en cierta medida, incompleto. Uno de los primeros intentos de sistematización lo propone el libro *La evolución de la crítica literaria en Chile* (1965), de John Dyson, estudio que abarca desde los inicios de nuestra escena literaria hasta mediados de los años 60². En él se sostiene que “Contra la norma en la mayoría de los casos, Chile tuvo un gran crítico, Andrés Bello, antes que tener una literatura” (Dyson, 1965:117), agregándose posteriormente que la actividad crítica “... arraigó luego y produjo una verdadera proliferación del género”. Dyson organiza esta “proliferación” en seis “linajes literarios”. Al denominado “linaje humanístico” pertenece Andrés Bello (1781). Emilio Vaïsse se integraría al denominado “linaje sociológico” y Díaz Arrieta formaría parte del “linaje impresionista”. Ibáñez Langlois, quien comienza a colaborar en *El Mercurio* en 1966, no aparece mencionado en el estudio de John Dyson, pues éste se publica en 1965.

¹ En esta ocasión, se excluye la crítica de Hernán Díaz Arrieta (Alone), el que junto a los dos críticos aquí estudiados conforma la tríada oficial de críticos literarios de *El Mercurio* durante gran parte del siglo XX.

² Véase John Dyson. *La evolución de la crítica literaria en Chile*. Santiago, Ed. Universitaria, 1965.

Otros estudios que cabe destacar son el de Bernardo Subercaseaux, “La crítica literaria (entre la democracia y el autoritarismo)” en el cual se analizan las transformaciones de la producción crítica tanto periodística como especializada desde los años 60 hasta fines del régimen autoritario (década del 80) y el de Leonidas Morales, “El género de la entrevista y la crítica literaria periodística en Chile (1988-1995)”, que vincula el éxito de la entrevista en la crítica periodística chilena como producto de la posmodernidad en vinculación con los *mass media*³.

Los críticos que estudiaremos cultivaron una modalidad de la crítica a la que denominaremos “comentario de texto”, la que junto a artículos de corte biográfico sobre algún escritor en particular, corresponderían al “canon tradicional de los géneros de la crítica periodística en Chile” (Morales, 1996:85)⁴. Además, ambos compartieron un espacio público privilegiado, pues el diario *El Mercurio* de Santiago ha sido uno de los más sistemáticos respecto a la cobertura del fenómeno literario en el presente siglo. Con Emilio Vaïsse (Omer Emeth) se inicia la crítica periodística semanal, la que después continuarían Hernán Díaz Arrieta (Alone) y José Miguel Ibáñez Langlois (Ignacio Valente). Esta tríada de críticos se constituye en una especie de voz oficial que consagra o deslegitima gran parte de la producción literaria nacional.

OMER EMETH Y EL CANON DE LA LITERATURA CRIOLLISTA

Más allá de las discrepancias en relación con la particular visión de la literatura que sustentaba Omer Emeth –fundamentalmente ligadas a las polémicas suscitadas por el criollismo– se percibe un relativo consenso respecto de la relevancia de su labor en *El Mercurio* a partir del año 1906. Por ejemplo, John Dyson, a pesar de que reconoce la importancia de su labor, hace algunos reparos a su trabajo crítico: “... cometió pequeños estragos en nombre de una literatura nacional”, para finalizar con la siguiente afirmación: “Con todo, hemos de reconocer la fuerza estabilizadora de Emilio Vaïsse en la crítica de Chile, pero esa fuerza no siempre actuó en beneficio de los criticados ni de la literatura en general” (Dyson, 1965:70 y 74). Otros comentarios dignos de destacar han sido los efectuados por Yutronic y Alone:

... la aparición de la firma de Omer Emeth (...) significó el comienzo de la crítica periodística chilena, conforme a las exigencias del mundo moderno (...). En este sentido, podemos considerar, con justicia, a Omer Emeth el padre de la crítica literaria en las letras chilenas (Yutronic, 1955:28 y 29).

³ Véase Subercaseaux 1991: 117-151 y Morales 1999: 83-84.

⁴ Leonidas Morales (*op.cit.*) señala que el ensayo, el artículo y la reseña son géneros que formaban parte del canon tradicional de la crítica periodística, canon que se ha modificado por el privilegio de la entrevista en los suplementos literarios actuales.

Pero queremos observar un hecho poco advertido: la crítica literaria periodística, semanal, firmada y responsable, tal como Omer Emeth la estableció, constituye asimismo un caso único en el Nuevo Mundo (...) De la cátedra especialista y los periódicos de audiencia restringida, la crítica había llevado el conocimiento de las bellas letras al hombre de la calle, al lector común... (Alone, 1971:13)

Ahora bien, ¿cuál es la transformación que se opera en la crítica literaria nacional por obra y gracia de Omer Emeth? Gonzalo Catalán, en "Antecedentes sobre la transformación del campo literario en Chile entre 1890 y 1920"⁵, sostiene que los rasgos más relevantes de este nuevo periodo son la autonomización de la literatura y su correlato, el fenómeno de la delegación con que el sistema cultural dominante recompone sus vínculos hegemónicos con el campo literario. Catalán afirma que uno de los signos más reveladores de la nueva configuración literaria que emerge en Chile a principios del pasado siglo es la aparición de un nuevo estilo de crítica, representada paradigmáticamente por Omer Emeth: "En efecto, es un hecho por todos reconocido que la crítica literaria, como función sistemática inherente al campo de las letras, se constituye en el país a principios de siglo en torno a la figura de Emilio Vaisse" (Catalán, 1985:149).

Así como en este periodo se asiste a la profesionalización del oficio de escritor, también se produce la profesionalización del crítico, ambos fenómenos de especialización propios de los procesos de la modernización. La labor de Omer Emeth representaría entonces la diferenciación vivida al interior del ámbito específico de la crítica, en tanto constitución del discurso crítico periodístico distinto de otras actualizaciones discursivas. El crítico institucionaliza en el país la función de intermediación entre la producción y la recepción y consumo de la producción literaria, rol propio de la actividad crítica. Por su parte, la visión que el propio crítico tiene de su labor se percibe en los siguientes dos comentarios: el primero es sobre *Alsino*, de Pedro Prado, en el que Omer Emeth considera que "criticar, es ante todo, clasificar: tarea más difícil de lo que a primera vista parece" para añadir que: "¿Puede, en efecto, apreciarse debidamente una obra, si, primero, se ignora a qué género pertenece? Cada género obedece a reglas conocidas" (Vaisse, 1960:256). Similares propósitos aparecen en un artículo sobre Víctor Domingo Silva:

El crítico que no es un mero diletante, el crítico serio es un naturalista de las letras que a imitación de los naturalistas propiamente dichos, estudia el conjunto y la importancia relativa de los caracteres de un autor para descubrir el sitio exacto que debe asignársele en la clasificación literaria. Criticar es, pues, clasificar o, según enseñan los maestros de lógica, es distribuir los individuos en un orden jerárquico por especies, géneros, órdenes, clases, etc. (Vaisse, 1960: 395).

⁵ Véase Brunner, José Joaquín y Gonzalo Catalán. *Cinco estudios sobre cultura y sociedad*. Santiago, FLACSO, 1985.

El afán clasificatorio o taxonómico de Emeth remite a cierto deseo de objetividad, vinculado a los procedimientos científicos propios de la época y a partir del cual se intenta orientar al lector, mediante aseveraciones respecto de la obra comentada, sobre sus género o sobre la enseñanza de la cual es portadora. Y es en un comentario a Edwards Bello en el que aparece claramente expresada la función que el crítico le asigna a la literatura: “Al fin y a la postre, la literatura sería mero lujo si de ella nada sacásemos fuera de un pasajero deleite. Vale ella poco, muy poco, cuando no contribuye al progreso moral, fuente y raíz de todos los progresos” (Vaïsse, 1920 en 1940:194). De aquí que podamos concluir que el crítico de *El Mercurio* valora la literatura en tanto su función moralizante –motor del progreso de la sociedad y del individuo– y a la crítica por su función didáctica.

Junto con reconocer que Omer Emeth consolida y sistematiza la crítica literaria periodística, se hace necesario especificar sus orientaciones estéticas, que en el caso de la literatura se orientan hacia el criollismo y su valoración de la chilenidad geográfica, tal como lo señala Dyson al decir que “A él se le debe en gran parte la larga vida del criollismo sin fondo, porque los criollistas encontraron en sus críticas la admiración un tanto desmesurada de la chilenidad geográfica” (Dyson, 1965: 70). Además, otros estudiosos de los movimientos literarios chilenos reconocen la gestión en pro del criollismo efectuada tempranamente por Emeth:

Ricardo Latcham, Domingo Melfi y Manuel Vega representan entre otros la crítica favorable al criollismo. Su iniciador fue Emilio Vaïsse (Omer Emeth) con sus reiterados llamados que ya lanzaba en 1911 a los escritores, incitándolos a declarar su independencia literaria, preocuparse de los temas de Chile y describir sus paisajes (Muñoz y Oelker, 1993: 96).

Habría coincidencia en considerar a Omer Emeth como uno de los promotores del criollismo en Chile, labor que después continuarían otros críticos. En relación con este último movimiento literario, Melfi ha señalado que los escritores que pertenecen a la generación de 1900 se desviaron, unos hacia el naturalismo imitado de Zolá y otros hacia la pintura de campo (Melfi, 1938:11). En la historia y crítica de la literatura se ha tendido a utilizar el término “criollismo” solo para referirse a esta última tendencia (que se impuso a la primera) y en cuyas obras se evoca el paisaje, las costumbres y los tipos, en cuanto elementos que definen nuestra realidad. De allí que se puedan distinguir dos usos de la palabra criollista en el campo literario chileno:

Uno en sentido restringido, como: “la creación novelesca que se refiere a las costumbres y a la vida del pueblo en el campo” (Durand, 1947:27) y que es, sin duda, el que prevalece, y otro, en sentido amplio (y programático), como “la pintura del hombre de América y de sus costumbres, clases bajas, medias y altas, de ciudades y de campos” (Latorre, 1971:127)⁶.

⁶ Ambos autores aparecen citados en Muñoz y Oelker 1993:127.

En términos generales, el criollismo –en su primer sentido restringido– en Hispanoamérica correspondería a la tercera generación de la novela naturalista, denominada “mundonovista” por Cedomil Goic (quien llama “criollista” a la primera generación, la de 1882). En Chile, sus principales exponentes son Augusto D’Halmar, Joaquín Edwards Bello, Mariano Latorre, Fernando Santiván, Pedro Prado, Eduardo Barrios.

Por su parte, Gonzalo Catalán señala como hecho significativo de la última década del siglo XIX la emergencia paulatina de una serie de escritores y poetas provenientes de grupos sociales diferentes a los de la mayoría de los intelectuales decimonónicos que pertenecían casi en su totalidad a la clase dirigente. Son estos productores mesocráticos los que cultivan y privilegian la vertiente criollista de la novela, incorporando otros estamentos sociales a la literatura, como ocurre con la novela *Juana Lucero* (1902) de Augusto D’Halmar o *El roto* (1920), de Joaquín Edwards Bello, obras ambientadas en los barrios populares de la ciudad o con el privilegio de lo rural en la obra de Mariano Latorre, *Zurzulita* (1920), por ejemplo⁷.

En un artículo de 1911, “Armando Donoso *Los nuevos (la joven literatura chilena)*” Omer Emeth, refiriéndose a Herder, señala lo siguiente:

... su tesis es cierta: cada nación ha de representarse a sí misma y a sí sola, en su literatura. Esto es lo que, por mi parte, predico en estas columnas a los novelistas y poetas chilenos (...) Si estos autores no pintan con verdad al único ser chileno realmente original (esto es, el campesino), ¿a quién acudiremos en busca de documentos literarios fidedignos? (Vaïsse, 1911 en 1940:119).

Literatura concebida como documento histórico, literatura como representación de lo nacional son algunos de los valores que Emeth postula explícitamente en sus artículos y sanciona positivamente en la producción literaria chilena. Según Moore Montero, en su prólogo a *Estudios críticos de la literatura chilena*, Omer Emeth, a pesar de sus singulares características y su exquisitez europea, pudo “... percibir los atributos de la chilenidad, y se convirtió en motor enérgico de algunos escritores y una manera de ver nuestra tierra, que conocemos como criollista y criollismo, respectivamente” (Moore Montero, en Vaïsse, 1961:XXIX). Criollismo como forma de percepción de la chilenidad, que en el caso de Emeth se funda en el espacio y la raza, de allí que alabe *Cuna de cóndores*, de Mariano Latorre de la siguiente forma:

¿En qué consiste la innovación introducida por él en la literatura chilena? Creo decirlo en pocas palabras y sin ambages, declarando que en mi concepto, Mariano Latorre es un escritor para quien Chile existe verdaderamente (...) De Chile, ¿qué rastros hay en sus obras? Una y otra vez he señalado la falta de chilenidad que se advierte en la novela nacional. El escenario en que ésta suele desarrollarse y los

⁷ Latorre representaría a cabalidad lo que Melfi denomina “pintura de campo”, una de las vertientes de los escritores de 1900.

personajes que en aquel escenario exhiben sus pasiones, no llevan el sello de la tierra ni de la raza (Vaïsse, 1918 en 1940:310).

De acuerdo con el crítico, Chile posee una materia prima inagotable para la literatura; cordillera, mar, desiertos, el campo y también los protagonistas apropiados: mineros, rotos, indios, el “mediopelo”. Lo que falta aquí no es la materia: “... es el artista que sepa convertirla en belleza chilena” (Vaïsse, 1918 en 1940:311). En un artículo sobre Francisco Encina, Emeth expresa:

Rastros del chileno son aquí las manifestaciones de patriotismo, o más exactamente, de nacionalismo que se descubren en todas sus páginas. A diferencia de tanto humanitarista, pacifista, socialista y anarquista, el señor Encina está verdaderamente enamorado de su país (...) Y estos (los deberes del chileno), si he entendido bien a nuestro autor, podrían expresarse en dos o tres fórmulas tan breves como preñadas de significado: *Chile para los chilenos y que los chilenos sean chilenos, esto es, que no copien a nadie y sólo obedezcan a la voz del suelo y la raza* (Vaïsse, 1912 en 1940: 207).

Refiriéndose a Jules Lemaitre, crítico francés, sostiene que éste se inspiró en su tradicionalismo literario y en su nacionalismo, y agrega: “Si se le hubiese pedido una definición de la Francia intelectual, creo que Jules Lemaitre habría dicho: Francia es Galia, más Roma, más Grecia” (Vaïsse, 1920 en 1940: 142). Ahora bien, si para Francia Omer Emeth valora la tradición literaria, en el caso de nuestro país privilegia los componentes de la raza y la sangre en la creación literaria; se reconoce aquí un tratamiento diferencial para los países del viejo mundo (apelación a las esencias del pasado) en relación con países como el nuestro, donde los primeros intelectuales e ideólogos elaboraron un proyecto de nación que negaba el pasado colonial⁸. Emeth hace un llamado a construir el futuro en literatura, a plasmar de manera realista el paisaje y el ser nacional, que en nuestro caso estaría representado por la naturaleza y los sectores populares (recuérdese los mineros, los rotos, los indios, el “mediopelo”, mencionados anteriormente). Es lo que precisamente valora en las novelas *El Roto*, de Joaquín Edwards Bello y *Montaña adentro*, de Marta Brunet:

Que los cuadros pintados por el señor Joaquín Edwards Bello sean de una crudeza brutal, de un realismo más que fotográfico y de una “repulsividad”, si tal puede decirse, desconocida del mismo Zolá, no debe ello sorprendernos. El señor Edwards ha querido y conseguido poner a la vista de todos y hasta de los miopes voluntarios, la abominable realidad que pocos sospechan” (Vaïsse, 1920 en 1940: 195).

⁸ Véase Bernardo Subercaseaux. *Cultura y sociedad liberal en el siglo XIX*. Santiago, Aconcagua, 1982. El autor realiza un estudio sobre los intentos de fundación de una literatura nacional de la llamada Generación de 1842.

...reina en éste (idilio) una naturalidad perfecta y un realismo que, si el calificativo no significa reproche, podríamos llamar fotográfico. Los campesinos y campesinas que ahí aparecen no son imaginarios o meras creaciones de la señorita Brunet: han existido y, supremo elogio, existen, discurren, obran como realmente han de obrar, discurrir y sentir las gentes de *Montaña adentro* (Vaisse, 1923 en 1940:65).

Ciertamente, la concepción de literatura manejada por Omer Emeth dice relación con los elementos más esencialistas utilizados para definir una literatura nacional. Aunque no podría acusársele de racista, sí es claramente perceptible su postura esencialista-naturalista en relación con la literatura y con sus preferencias políticas virulentamente antidemocráticas (según Catalán, 1985:151). Sus concepciones literarias conllevan dos riesgos: esencializar al “ser chileno” (suelo y raza) y postular que la “chilenidad” está depositada en los sectores populares, lo que unido a sus concepciones políticas hacen evidentemente reaccionaria su visión de mundo. Su discurso puede calificarse de ambivalente: transita entre el epocalismo y el esencialismo, es decir, entre la modernidad de su labor crítica –haber contribuido a la fundación de la crítica literaria en los medios masivos de comunicación– y un naturalismo nacionalista que privilegia ciertas esencias populares en la literatura –postura que excluye otras variantes literarias y que por cierto habla de una visión monológica del arte y la cultura y que puede ser rastreada en críticos chilenos posteriores.

EL SISTEMA CRÍTICO - LITERARIO DE IGNACIO VALENTE

José Miguel Ibáñez Langlois comienza a escribir en el diario *El Mercurio* en 1966, adoptando ese mismo año el pseudónimo de Ignacio Valente. Durante más de 30 años ha ejercido la crítica literaria dominical, compartiendo, en una primera etapa, la página literaria con Alone. En 1989, en vísperas de la apertura democrática en el país, *El Mercurio* crea el suplemento “Revista de Libros”, en el que aparece incluida la crítica de Ignacio Valente, en una columna que ocupa un lugar fijo en la página 5 de dicho suplemento literario. Posteriormente, su columna es compartida con los restantes críticos de este medio, produciéndose hasta el día de hoy, una rotación de voces y perspectivas diversas, al parecer más acordes con los nuevos tiempos.

En una visión panorámica de la trayectoria crítico-literaria de Ignacio Valente, se hacen evidentes las diversas condiciones histórico-sociales bajo las cuales ha ejercido su labor, como asimismo, cierta evolución de su visión sobre la literatura y su propio quehacer como crítico. Valente aparece en la escena crítica en 1966, época que correspondería a la primera etapa (1960-1967) del proceso de renovación crítica que, según Subercaseaux, se vive entre 1960 y 1973; etapa en la que predominan las corrientes que suponen una radical autonomía del fenómeno literario y en la que hay puntos de vista compartidos respecto al rechazo al antiguo método biográfico-histórico o al impresionismo, incluyéndose en esta posición a “... algunos que no tienen su ámbito de trabajo en la universidad, como Yerko Moretic, Martín Cerda e Ignacio Valente” (Subercaseaux, 1991: 124). El crítico de *El Mercurio*, en su artículo “Veinticinco años de crítica”, se refiere a las transformaciones de su perspectiva, incluyendo su disgusto frente a los excesos del estructuralismo literario, pero sin dejar de reconocerlo como importante en sus propios inicios:

Mientras duró mi lastre académico, mis pares de la universidad solían celebrarme. Cuando al cabo de algunos años, dejé la erudición por el decir llano del género de prensa, muchos de ellos me dieron por perdido para la sabiduría. Yo creo, en cambio, haber ganado con la metamorfosis (...). No digo que haya llegado a descreer de ese producto académico, pero ojeo la mayoría de lo que me veo obligado a leer con cierto aburrimiento. ¡Tanto montaje instrumental para tan poca sustancia!

(...) Con todo, yo creo haber sido una especie de estructuralista *avant la lettre*. Frente al impresionismo de Alone, entonces reinante, quise reivindicar –de acuerdo con mis estudios y teorías previas– una condición de máxima objetividad para la obra literaria y su estructura. Hasta hoy no he renegado de esa aspiración casi científica, pero hace mucho tiempo que la atemperé, por una rendición al poder intransferible del gusto personal. No creo, con ello haberme rendido al subjetivismo (1° de septiembre de 1991, en Valente, 1992: 17 y 18).

El primer artículo aparecido en el diario *El Mercurio* y firmado con el nombre de Ignacio Valente, corresponde al 4 de diciembre de 1966 y se titula “Enrique Lihn: poesía de paso y teoría poética”⁹.

Durante sus primeros años comenta la obra de narradores latinoamericanos contemporáneos, tales como José Donoso, Julio Cortázar, Juan Rulfo, José Lezama Lima, a quienes en general, valora positivamente. Otra de sus áreas favoritas dice relación con la poesía chilena, razón por la cual comenta al mencionado Enrique Lihn, a los poetas de Trilce (23 de abril de 1967), entre otros, y el estudio de Amado Alonso *Poesía y estilo de Pablo Neruda* (2 de abril de 1967). Aparecen también en esta época artículos que revelan ya algunas de sus permanentes preocupaciones, referidas al ámbito ideológico y al religioso, como por ejemplo, “Marxismo y teoría literaria” (Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir *¿Para qué sirve la literatura?*), donde plantea su sospecha sobre la liquidación del realismo socialista planteado por intelectuales marxistas franceses (9 de abril de 1967); y una serie de tres artículos que comentan la obra de Rilke, uno de sus poetas favoritos.

Sin embargo, es en la segunda etapa de la renovación de la crítica literaria, correspondiente al periodo 1968-1973, donde se produce el predominio de la orientación socio-histórica, que se evidencian los rasgos más sobresalientes del sistema crítico de Valente. En un periodo caracterizado por la creciente politización y confrontación ideológica, resultan paradigmáticos algunos de sus artículos, comenzando con “Experiencia religiosa y economía”, del 31 de octubre de 1971, en el que discrepa de los prólogos de la colección Biblioteca Popular Nascimento:

Suelen ellos (los prólogos) desarrollar una interpretación marxista de los autores y las corrientes literarias (...) La creación del arte se comprendería, pues, en última

⁹ Con fecha 5 de marzo del mismo año aparece un artículo firmado como José Miguel Ibáñez Langlois titulado “Guerrilla de textos” y que se refiere a una serie de textos religiosos.

instancia como reflejo de la base económica-social, según la ortodoxia marxista-leninista. Son innegables los aportes y aciertos parciales de este método, si bien su afirmación esencial parece errada o equívoca (...) Pero no me refiero hoy al método en sí, sino al presentar la experiencia religiosa de tal o cual autor como el producto reflejo-ideológico-alienado de la situación de las fuerzas productivas de su tiempo.

Según Ignacio Valente, es este método de análisis el que utilizan críticos tales como Mario Rodríguez al estudiar a Horacio Quiroga, Federico Schopf a Efraín Barquero y Jaime Concha en el prólogo a su *Antología de poesía chilena (1907-1917)*. En un segundo artículo, “Leonidas Morales: La poesía de Nicanor Parra” (9 de abril de 1972), Valente polemiza con la interpretación de lo religioso en Parra que propone Morales, aun cuando reconoce sus aportes analíticos:

Pero más allá de estas diferencias –las que van de una lectura ideológica a una lectura religiosa de Parra, que en sí mismo no es ni un ideólogo ni un creyente– debo afirmar la intrínseca calidad y penetración del ensayo de Morales.

El tercer y último artículo que permite ilustrar este periodo en la crítica de Valente se titula “Poesía y política en García Lorca” (10 de septiembre de 1972), en el cual vuelve a polemizar con los prólogos, esta vez con los de Editorial Quimantú para su edición de 50 mil ejemplares del *Romancero gitano* de Federico García Lorca:

Es en este punto donde comienza a desbarrar el prólogo de la presente edición chilena del *Romancero gitano*, no ya porque haga de García Lorca un poeta gitanesco popular (...) sino porque lo convierte en nada menos que un poeta social y un revolucionario (...) un adicto a la España liberal, por cierto –eso nadie lo pone en duda– pero no el heraldo proletario que se quiere hacer de él en este prólogo...

Si bien es cierto que Ignacio Valente sale a la luz pública en la década del 60, periodo considerado muy productivo y dinámico en relación con los estudios literarios y en el cual, según observa Subercaseaux, los críticos de larga tradición como Alone o Valente “... no tienen ya ni el peso ni la autoridad que solían tener, debido sobre todo a que el horizonte de la crítica se ha ampliado ostensiblemente, tanto en número como en perspectivas...” (Subercaseaux, 1991:126-127), su figura aparece fundamentalmente ligada al régimen militar, momento en que se convierte en el crítico “oficial” del periodismo “oficialista”. La restricción del debate crítico en este período, según Juan Armando Epple “explica el peso inusitado que comienza a adquirir el sacerdote José Miguel Ibáñez Langlois (Ignacio Valente) como opinión rectora sobre la literatura que circula en el país” (Epple, 1990:128).

Ignacio Valente aparece entonces, como el crítico literario por antonomasia, con un peso que no tiene ningún crítico y que él mismo no tenía antes de 1973. En círculos intelectuales es ésta una opinión bastante generalizada. En la medida de su gran coincidencia con el régimen de la época y con el diario en el cual ejerce, este crítico pareciera no estar tan sometido a la lógica del mercado, pudiendo, por ende, asumir una postura ideológica y estética más coherente y sostenida en el tiempo, que sus pares virtuales. En el artículo “Veinticinco años de crítica”, el propio Valente aborda el tema:

Todo empezó con el gobierno militar, durante el cual –por vejez, muerte, exilio, censura o, en fin, desaparición de los demás críticos– quedé como casi el único en estas columnas. El hecho –bien ajeno a mi voluntad– me ha valido ser calificado a veces de crítico oficial de ese régimen. Para mí, el asunto es sencillamente ridículo. No percibo diferencia alguna entre mi crítica anterior, concomitante y posterior a ese gobierno (1° de septiembre de 1991, en Valente, 1992:18).

Es evidente la perspectiva inmanentista del crítico al momento de reflexionar sobre su propia obra, obviando u olvidando los nuevos elementos que caracterizan al régimen autoritario post 1973. En un momento de exclusión de la vida pública de importantes sectores de opinión, con el consiguiente estrechamiento del universo ideológico-cultural, Ignacio Valente es uno de los pocos agentes culturales validados al interior del régimen militar, cumpliendo con ello un rol funcional al sistema, por cuanto hace invisible el control al patentizarlo como no-control: él es uno de los pocos comunicadores autorizados para hablar sobre temas prohibidos al interior de la sociedad chilena.

Ahora bien, en las diversas etapas históricas en las cuales ha ejercido como crítico y que se reflejarían en sus artículos, así como en determinadas transformaciones de su perspectiva sobre la literatura y el quehacer crítico, que él mismo se ha preocupado de resaltar, interesa rescatar las constantes que conformarían el sistema crítico-literario de Ignacio Valente. La primera de ellas tiene relación con la objetividad de la obra literaria, esa “aspiración casi científica” con que la crítica debe encarar el arte literario. Según el crítico, la norma del juicio literario “proviene siempre de la obra misma: todo lenguaje es ley, todo texto nos entrega en su propia estructura la ley que lo rige; (...) y que debe medir también su ‘ejecución’ por el crítico, y en consecuencia, su juicio valorativo” (Ibáñez Langlois, 1982: 162). En un artículo publicado el 22 de enero de 1984, “Literatura y realidad”, Ignacio Valente vuelve sobre el tema:

... he sostenido que la obra literaria exige una lectura inmanente y no nos remite a otra realidad que la suya propia; hay que leerla como ella misma pide ser juzgada, y no por confrontación con una presunta realidad real, ni con la psicología del autor ni con la sociología del medio, ni con la ideología o doctrina alguna del lector o del juez, porque todos estos parámetros operan una cosificación de la obra... y de la realidad.

Diversos artículos a lo largo de los años permiten ilustrar esta concepción de la crítica, sobre todo los referidos a la poesía chilena, género en el cual el crítico se siente más afín, “y con más fundamentos tanto de teoría como de sensibilidad” (Valente, 1992:12)¹⁰. Pero también ha habido contradicciones entre teoría y práctica crítica;

¹⁰ Véanse, por ejemplo, sus comentarios sobre Armando Uribe, *No hay lugar* (14-3-1971); Eduardo Anguita, *Poesía entera* (3-10-1971); Jorge Teillier, *Muertes y maravillas* (19-12-1971) y Alfonso Alcalde, *El panorama ante nosotros*, en Ibáñez Langlois 1975: 223 y ss.

sobresalen, entre otros, los artículos sobre *El obsceno pájaro de la noche*, de José Donoso, y fundamentalmente el que comenta la novela *Mala onda*, de Alberto Fuguet. De la obra de Donoso y Fuguet expresa, respectivamente:

Hay también otra debilidad congénita en esta obra, y creo que es ella, más que la anterior, la que cierra a Donoso el acceso a la gran novela. Y es que este autor resulta, en cuanto al mundo de su ficción, muy limitado de horizontes. Lo sórdido es su reino exclusivo, lo decadente es su único elemento (20 de junio de 1971).

Porque no es con la prosa de Fuguet que me he estrellado, sino con la persona, la atmósfera, la tipología humana y el mundo de sus protagonistas, sobre todo del principal, petimetre papanatas infatuado de su propia decadencia. Me refiero a la abrumadora inanidad de esos muñecos de la clase media-alta santiaguina (...) Hasta la cocaína se vuelve más estúpida que mala en esta frivolisísima onda (1º de marzo de 1992).

Al recordar sus propios principios críticos, en particular aquél que establece que el juicio valorativo sobre una obra literaria debe surgir de la obra misma, nos encontramos con que la evaluación de las novelas *El obsceno pájaro de la noche* y *Mala onda* reside precisamente en la negación de los mundos que ambas proponen, una negación que opera en el plano moral, que enjuicia los valores que ambos textos articulan en su interior. Que lo sórdido sea el terreno exclusivo de la novela de Donoso (suponiendo que sea cierto), que se haya estrellado con la abrumadora inanidad de los personajes de Fuguet (suponiendo también la exactitud de este juicio), no apunta a una valoración precisamente literaria de estas obras, sino, como ya se dijera, a una perspectiva moral operando en la valoración de Ignacio Valente.

La segunda constante del crítico de *El Mercurio* tiene que ver con el privilegio de una perspectiva religiosa a la hora de interpretar los textos literarios. Respecto a la importancia de lo religioso, Valente ha comentado:

Simplemente la política (...) no es el sustrato último y el más esencial de la existencia humana, con respecto a lo cual todo lo demás se define, incluso por omisión. Sí lo es, en cambio, la religión: la re-ligación con el Absoluto. Ella sí que está presente en todo, por presencia o por ausencia, y más en una obra humana tan total como la obra verbal (1º de septiembre de 1991, en Valente, 1992: 17-28).

Uno de sus poetas favoritos, Nicanor Parra, fue de los primeros autores en recibir este tipo de interpretación. Entre los varios artículos sobre el poeta recogidos en el libro *Veinticinco años de crítica*, aparece "El sentido religioso de los *Antipoemas*", fechado el 27 de agosto de 1967, donde el crítico expresa que esta interpretación se le había impuesto ocasionalmente desde algún tiempo atrás y que por sentido religioso de una poesía entiende

... su virtualidad de ser hecha a partir de una experiencia condicionada por la fe religiosa. Esa determinación puede ser abierta o secreta –aun inconsciente–, y esta fe puede ser la que se tiene, o la que se ha perdido, o aun la que se contradice con el

fervor iconoclasta (...) todo esto que hay en Nicanor Parra, ¿no puede ser un exorcismo, una persistencia delatora, la liberación de un cielo que quedó impreso en su experiencia temprana de la vida... y por tanto una manera paradójica de dar satisfacción a su sensibilidad religiosa? Y más aun su actitud general de irreverencia sarcástica, ¿no es consecuencia de una rebelión permanente contra lo que fue para él, un día, el supremo Orden Establecido? (Valente, 1967 en 1992: 257-258).

Se hace necesario recordar el desacuerdo planteado por Valente respecto de las lecturas realizadas por los críticos Mario Rodríguez a la obra de Horacio Quiroga, Federico Schopf a Efraín Barquero y el prólogo de Jaime Concha a una Antología de poesía, por cuanto no habrían entendido la especificidad de la experiencia religiosa y la habrían reducido al mero reflejo de la situación de las fuerzas de producción, perspectiva marxista que él considera insuficiente. En el discurso de Valente aparecería una suerte de apropiación de la verdad respecto de lo religioso, materia en la cual él estaría capacitado para decir la última palabra.

El último elemento a considerar para la caracterización del sistema crítico-literario de Ignacio Valente tiene directa relación con la forma de constitución del canon literario. En el artículo "Miseria de la ciencia literaria" (19 de agosto de 1978), parte oponiéndose al reduccionismo del estructuralismo, aunque reconoce sus aportes:

Si tal método ha llegado hoy a excesos increíbles, no es menos cierto que también ha suministrado instrumentos conceptuales de primer orden (...) Lo problemático de la pretensión estructuralista de convertirse en ese imposible que se llama *ciencia literaria*. Lo primero que resulta sospechoso de esta *ciencia* es su necesidad interna de esquivar el *buen gusto* o *mal gusto* literario. Se niega así la propia raíz intuitiva y empírica de todo análisis estético. (...) (ya se ve por estas afirmaciones, que doy por supuesta la *realidad de una jerarquía objetiva de valores*: Neruda, v. gr., es superior a De Rokha, el Neruda de las Residencias es superior a sus últimas obras, etc.) (Valente, 1978 en 1992: 41-42).

Si "el estructuralismo no sabe de selecciones" (Valente, 1992:45) para algo sirve el crítico:

...para proponer una lectura orgánica y pareja de nuestra creación literaria que, en maremágnum de los factores postizos de publicidad o brillo, decante las jerarquías objetivas de valor en términos de calidad, y supuesto el previo análisis (Valente, 1992: 27).

Estas jerarquías objetivas de valor estarían fundadas en la propia raíz intuitiva y empírica de todo análisis estético y en "la memoria colectiva de la humanidad que practica una selección incesante" (Valente, 1992:27). Si la constitución del canon opera en base a análisis concretos, queda por responder la siguiente pregunta: ¿Cuáles serían las preferencias de Ignacio Valente perceptibles en sus artículos? Entre otros, la superioridad de la poesía chilena en el contexto hispanoamericano:

Dentro del contexto hispanoamericano, nuestra poesía –desde Gabriela Mistral hasta Nicanor Parra– representa el conjunto más rico, variado, innovador y fuerte de todo el ámbito continental (En el período 1914-1970) (Ibáñez Langlois, 1975:12).

El crítico también ha expresado diferencias de calidad entre la poesía y la narrativa nacionales: “... es sabido que en Chile la poesía es, en términos generales, más rica, variada y alta que nuestra creación narrativa” (Valente, 1992: 12). La “jerarquía objetiva de valores” propuesta por Valente no opera por omisión del componente histórico, sino todo lo contrario: en ambas afirmaciones se percibe con claridad la correspondiente contextualización de sus preferencias y jerarquías. De allí que afirme la necesidad de que la crítica emita juicios de valor, pues de lo contrario se termina “por no hacer crítica, *crisis*, juicio, según la poderosa etimología de la palabra” (Valente, 1992:27).

CONCLUSIONES

La tríada de críticos “oficiales” del diario *El Mercurio* ha cumplido una importante función en la consolidación de la crítica en Chile durante el siglo XX. Indudablemente que tal importancia se relaciona con las características del medio que les ha servido de soporte. *El Mercurio*, uno de los diarios más tradicionales del país, articuló un espacio dedicado a la literatura cuya responsabilidad recayó en “hombres de confianza”, dos sacerdotes y un amante de “alta cultura”. Todos ellos tuvieron a su disposición columnas en donde ejercieron de manera estable y continua su actividad crítica, dejando claramente establecida su postura estética, vinculada al momento histórico que les tocó vivir.

Al primero de ellos, Emilio Vaïsse (Omer Emeth) se le valora actualmente por haber fundado la crítica literaria periodística y no tanto como el crítico que defendió las posturas literarias criollistas que se cultivaron en los primeros treinta años del siglo XX de manera monológica, esencialista y excluyente. Por su parte, en la revisión del sistema crítico-literario de Ignacio Valente destaca en un comienzo el privilegio de la autonomía de la obra literaria, privilegio que en la práctica es relativizado, por cuanto en diversos acercamientos a obras literarias específicas su enfoque aparece contaminado por la supremacía de lo moral. En lo que respecta a la literatura chilena, valora positivamente el género poético, –al parecer más en consonancia con su propia práctica escritural– por sobre la creación narrativa, a la que considera menos rica y variada (Valente, 1992: 12).

La zona donde parecen concentrarse las críticas hacia Valente tiene que ver con la posición que ocupara en el régimen militar, es decir, con aquel territorio único y monológico desde el cual ejerció como juez literario, posición funcional al sistema autoritario que, al parecer, Ignacio Valente no quiso o no supo percibir.

Finalmente, en relación con las críticas que se le pudieran hacer a Omer Emeth e Ignacio Valente, éstas tienen que ver fundamentalmente con la articulación de un discurso monológico en un medio como *El Mercurio*, ligado al mundo conservador y detentador de ciertas posturas tradicionalistas, precisamente las que hacen posible la aparición y perpetuación de matrices discursivas no-dialógicas.

BIBLIOGRAFÍA

BIBLIOGRAFÍA PRIMARIA

1. EMILIO VAÏSSE (OMER EMETH)

Artículos críticos

- “Autores, críticos y ... editores”. *El Mercurio*, 12 de febrero de 1909,3.
 “Literatura y crítica”. *El Mercurio*, 20 de junio de 1909,3.
 “Poetas y críticos”. *El Mercurio*, 19 de diciembre de 1910,3.
 “Un año de literatura nacional”. *El Mercurio*, 1° de enero de 1911,3.
 “El año literario: breve síntesis de 1911”. *El Mercurio*, 1° de enero de 1912,3.
 “Una teoría de H. Taine y su aplicación a tres literaturas latinoamericanas (uruguayana, argentina, chilena)”. *El Mercurio*, 24 de febrero de 1913,3.
 “El año literario de 1914”. *El Mercurio*, 1° de enero de 1915,3.
 “A propósito de un problema de crítica literaria”. *El Mercurio*, 26 de junio de 1916,3.
 “Paréntesis acerca de la producción literaria chilena”. *El Mercurio*, 30 de abril de 1917,3.
 “El año literario”. *El Mercurio*, 1° de enero de 1918,3.

Textos críticos

- La vida literaria en Chile, 1908-1909*. Santiago, Imprenta y Enc. La Ilustración. s.d.
Bibliografía general de Chile. Santiago, Imprenta Universitaria. 1915.
Estudios críticos de literatura chilena. 2 vols. Santiago, Ed. Nascimento. 1940 y 1961.

2. JOSÉ MIGUEL IBÁÑEZ LANGLOIS (IGNACIO VALENTE)

Artículos críticos

- “Marxismo y teoría literaria”. *El Mercurio*, 8 de abril de 1967,3.
 “Los poetas de Trilce”. *El Mercurio*, 23 de abril de 1967.
 “La vara del crítico”. *El Mercurio*, 28 de marzo de 1971.
 “José Donoso: El obscuro pájaro de la noche”. *El Mercurio*, 20 de junio de 1971.
 “Neruda entero”. *El Mercurio*, 17 de octubre de 1971.
 “Experiencia religiosa y economía”. *El Mercurio*, 31 de octubre de 1971.
 “Leonidas Morales: La poesía de Nicanor Parra”. *El Mercurio*, 9 de abril de 1972.
 “Poesía y política en García Lorca”. *El Mercurio*, 10 de septiembre de 1972.
 “Los *Poemas árticos* de Huidobro”. *El Mercurio*, 28 de enero de 1973.
 “Poesía y prosa americana”. *El Mercurio*, 5 de agosto de 1973.
 “Literatura y realidad”. *El Mercurio*, 22 de enero de 1984.
 “Juventud marginal importada” (Pablo Azócar *Natalia*). *El Mercurio*, 28 de octubre de 1990.
 “Una novela, dos narradores” (Darío Oses *Machos tristes*). *El Mercurio*, 24 de enero de 1993.

Textos críticos

- La creación poética*. Madrid, Ed. Rialp. S.A. 1964.
Poesía chilena e hispanoamericana. Santiago, Biblioteca Popular Nascimento. 1975.
Introducción a la literatura. Santiago, Ed. Universitaria. 1982.
Veinticinco años de crítica. Santiago, Zig-Zag. 1992.

BIBLIOGRAFÍA SECUNDARIA

I.-Textos críticos

- | | | |
|------------------------|------|--|
| Bloom, Harold | 1995 | <i>El canon occidental</i> . Barcelona, Anagrama. |
| Dyson, John P. | 1965 | <i>La evolución de la crítica literaria en Chile</i> . Santiago, Ed. Universitaria. |
| Goic, Cedomil | 1976 | <i>La novela chilena. Los mitos degradados</i> . Santiago, Ed. Universitaria. |
| Muñoz, L. y Oelker, D. | 1993 | <i>Diccionario de movimientos y grupos literarios chilenos</i> . Concepción, Ed. Universidad de Concepción. |
| Promis, José | 1993 | <i>La novela chilena del último siglo</i> . Santiago, Ed. La Noria. |
| Yutronic, Marina | 1955 | <i>Presencia de Omer Emeth. En la literatura chilena y su magisterio crítico</i> . Santiago, Imprenta Chile. |

Artículos críticos

- | | |
|------------------|--|
| Alone | “Aniversario de Omer Emeth” en <i>El Mercurio</i> , 2 de octubre de 1960.
“Poemas dogmáticos, por José Miguel Ibáñez Langlois”, <i>El Mercurio</i> , 12 de diciembre de 1971.
“Omer Emeth y la crítica literaria” en <i>El Mercurio</i> , Valparaíso, 26 de diciembre de 1971. |
| Catalán, Gonzalo | “Antecedentes sobre la transformación del campo literario en Chile entre 1890 y 1920” en Brunner, José Joaquín y Gonzalo Catalán. <i>Cinco estudios sobre cultura y sociedad</i> . Santiago, Flacso, 1985. |

- Donoso, Armando "Un juicio sobre nuestros poetas" en *El Mercurio*, 1 de junio de 1980, E 6.
- Epple, Juan Armando "El estado actual de los estudios literarios en Chile" en *Revista de crítica literaria latinoamericana*. Lima, 1990, N°31-32, pp. 119-137.
- Moore Montero, Eduardo "Don Emilio Vaïsse en la evolución de las letras chilenas", Prólogo a Estudios críticos de literatura chilena. Santiago, Ed. de la Biblioteca Nacional, 1961.
- Morales, Leonidas "El género de la entrevista y la crítica literaria periodística en Chile (1988-1995) en *Revista Chilena de Literatura* N° 49, 1996, pp. 83-94.
- Oelker, Dieter "El criollismo en Chile" en *Acta Literaria*. Concepción, N° 8, 1983, pp. 37-51.
- Subercaseaux, Bernardo "La crítica literaria (entre la democracia y el autoritarismo)" en *Historia, literatura y sociedad*. Santiago, Ed. DOCUMENTAS, 1991, pp. 117-151.